



Entre 1820 y 1824, en el Perú, se enfrentan los ejércitos realistas y patriotas. Mientras los primeros se repliegan y fortalecen en el sur andino, la independencia consigue propagarse con una rapidez que sorprende incluso a los más optimistas, a lo largo de toda la costa norte: entre los dos espacios, la sierra central se convierte en el escenario natural cuyo dominio decidirá el curso de los acontecimientos. El viajero Proctor, sin ser demasiado suspicaz, había observado que ese era "...el punto central excelente para amenazar a Lima y defender el Cusco". El valle del Mantaro, con sus 100,000 hectáreas, era el granero de la capital. Pocos años atrás, las minas que lo rodeaban hacia Pasco y Lima, habían alimentado las arcas coloniales: de allí procedía 60o/o de la producción minera en 1799. Finalmente, por el valle pasaba la extensa ruta que vinculaba al Pacífico con el Atlántico, es decir, Buenos Aires: arrieros y recuas formaban parte del paisaje local. Todo esto contribuyó a una prematura urbanización. Pero a diferencia de la costa central, más que una gran metrópoli, lo que encontramos es una diversidad de medianos centros poblados como Reyes, ahora Junín, con

Soldados y montoneros

LA INDEPENDENCIA EN LA SIERRA CENTRAL

Alberto Flores Galindo

Una imagen escolar pretende resumir la independencia en un día de julio y una pacífica proclama, cuando en realidad se trató de una guerra, a veces tan violenta como la que se entabló entre Bolívar y Boves en Venezuela.

4,000 habitantes: Huancayo, con 8,000; Jauja con 10,000 y Cerro con una población que fluctuaba entre los 4,000 y 6,000 habitantes. En estos centros poblados cualquier viajero podía observar rasgos de un desarrollo mercantil y una precoz actividad artesanal. Investigaciones posteriores, como las que en tiempos diferentes emprendieron José María Arguedas o Nelson Manrique, confirmaron la imagen de un valle abierto a todos los intercambios: las

ferias de lejano origen colonial son otra evidencia (1).

I

Este fue el escenario de seis campañas militares: primero, la incursión de Arenales; luego, las marchas de Ricafort; al poco tiempo vuelve a la carga Arenales, después La Serna recorre en dos ocasiones la comarca y finalmente las tropas bolivarianas, por Huaylas, penetran al valle para enfrentarse con los

realistas en Junín. El Ejército Libertador, en agosto de 1824, fue calculado en 6,800 soldados. Los realistas, en alrededor de 7,000. Cifras poco impresionantes si se los compara con los ejércitos napoleónicos, pero desmesuradas en relación a la densidad demográfica de la sierra central. Esos soldados constituían verdaderas poblaciones ambulantes. Tenían que alimentarse: con un ejército improvisado y un país en ruinas esto fue sinónimo de saqueo.

La apropiación de ganado, destrucción de haciendas, asalto a las poblaciones fueron espectáculos frecuentes durante esos años. Práctica habitual de uno y otro bando. Pero para entender este rasgo de la guerra, convendría añadir que estos ejércitos tienen una estructura peculiar: al lado del soldado aparece la tropa irregular. Se trata de incorporar a la población en favor de uno u otro contendor. Las expediciones de Arenales no tuvieron otro propósito que sublevar a los pueblos para perturbar la retaguardia realista. Pero no se busca una participación masiva e incontrolable que repita en el Mantaro las masacres del sur andino: 1780 y 1814 mantienen un recuerdo demasiado fresco. La fórmula ideal parece ser organizar, bajo dependencia del mando militar patriota, grupos armados vinculados a las autoridades locales. Serán esos guerrilleros que intervienen en Junín y desde mucho antes, hostigando los movimientos realistas. En réplica, éstos también buscan formar otras "partidas de guerrillas". La independencia, en la sierra central, asume rasgos de una guerra civil.

II

Junto a la guerrilla, de manera autónoma, aparecen tropas

mal armadas, vinculadas a los campesinos de la región, aunque reclutadas particularmente entre arrieros, vagabundos y jornaleros de las minas. Atacan en desorden. Carecen de mandos definidos. Se visten de cualquier manera. Improvisan todo, hasta el armamento. Reciben el nombre de montoneros: marchan en "montón". Hay montoneros patriotas, pero también realistas. Otros, confundidos con el bandolerismo, viven del saqueo y al revés, algunas montoneras surgen para proteger a sus pueblos de eventuales saqueadores.

El saqueo fue una práctica inaugurada por San Martín desde su desembarco en Pisco: en la vecina hacienda Caucaito, mientras enrolaba a 500 esclavos, se apropió de unas 30,000 arrobas de azúcar. Pero el ejército libertador, aunque formado por chilenos y argentinos, no es percibido como extranjero por una población peruana que en cambio manifiesta animosidad creciente contra los españoles. El dominio de los "chapetones" sobre la sierra central reposa cada día, a partir de 1820, en una violencia más evidente. La falta de colaboración local hace que el saqueo sea una práctica más frecuente en las huestes del virrey. Cuando La Serna se retira de Lima a Jauja, en la quebrada de Laraos, sus tropas sacrificaron siete mil carneros de la hacienda Huarca, incendiaron y destruyeron la casa del propietario y requisaron "la mayor parte de las cosas sagradas" de la capilla (2). Los españoles se exasperan ante la facilidad como es proclamada la independencia en los pueblos del valle del Mantaro. Imaginan que para detener a las guerrillas y montoneras patriotas la mejor arma es el terror. El saqueo, de esta

manera, se convierte en exterminio. Carratalá comienza a fusilar a cualquier sospechoso y arrasa con pueblos enteros. En diciembre de 1821 dictamina, por ejemplo, que Cangallo sea "... reducido a cenizas y borrado para siempre del catálogo de los pueblos..." (3). Para él, como para otros generales realistas, los patriotas eran un conjunto de hombres sin virtudes y extraídos de la hez social.

III

Esos montoneros —imprescindibles en la victoria patriota—, no provenían precisamente de las capas más altas de la sociedad colonial. Camino a Cerro de Pasco, por la ruta de Canta, el viajero Proctor se encontró con uno de ellos: "vestía tosca chaqueta amarilla y morrión, con pantalones largos que llegaban mucho más abajo de las botas" (4). Era un indio. El montonero, al parecer, decide no atacarlo sólo después de constatar que no es español. Pero la mejor descripción de estos montoneros andinos se la debemos a Miller. Los observó en la misma pampa de Junín: "Unos estaban montados en mulas, otros en caballos, algunos llevaban gorras de piel de oso, otros cascos, otros morriones, y muchos tenían sombreros gachos de lana de vicuña; algunos tenían plumas, pero la mayor parte no llevaba plumaje. Sus trajes no eran menos variados; chaquetas de húsar, casacas de infantería y pellizas encarnadas, quitadas a los realistas muertos, estaban entremezcladas con uniformes patriotas (...), pero todos estaban uniformados de una prenda. Cada individuo tenía un poncho, que llevaba en la forma usual, o liado alrededor de

la cintura, en forma de faja, o colgado fantásticamente del hombro; tampoco había ninguno que dejase de llevar su lazo. Sus armas tenían la misma diversidad: fusiles, carabinas, pistolas, espadas, bayonetas, sables, grandes cuchillos y lanzas o picas eran las armas con que el azar había armado ya a uno, ya a otro de ellos..." (5). Todos eran hombres de "a caballo".

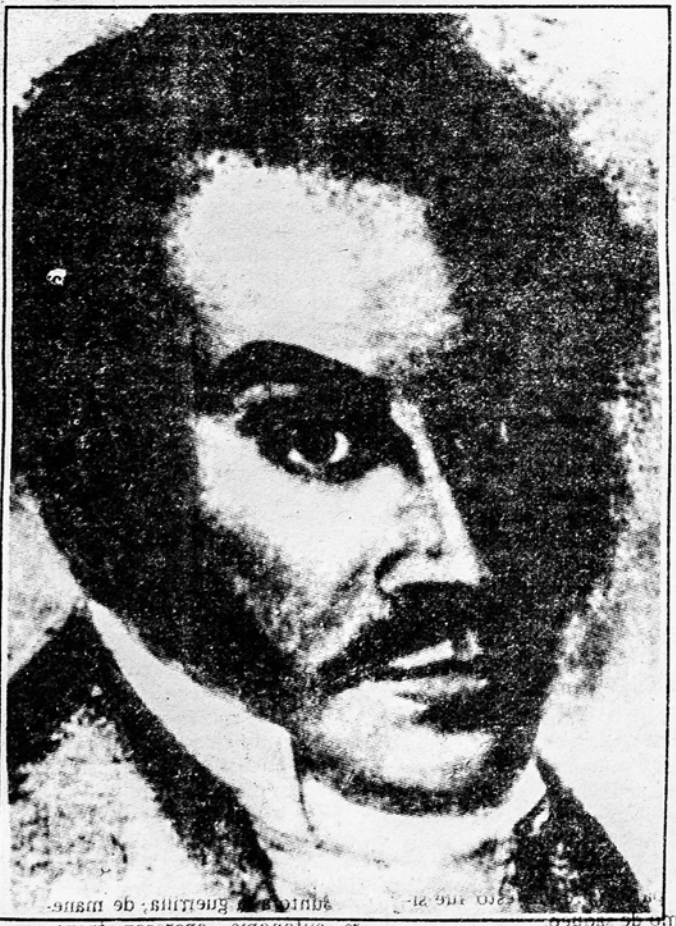
Los montoneros formaban parte de un escenario, el valle del Mantaro, donde los campesinos no permanecían atados a la tierra. Poseían sus parcelas. En los mercados locales podían comprar y vender sus productos. Con las mercancías provenientes de Lima o Buenos Aires llegaban las noticias o las novedades culturales. La alfabetización fue otro rasgo de esta región mestiza. El valle produjo un tipo social característico: El arriero, "... medio aventurero, medio trajinante" (6). En este medio encontraron eco las proclamas patriotas que en la voz de Arenales anunciaban la supresión del tributo, la expulsión de los españoles y la lucha por la libertad.

Los patriotas advirtieron rápidamente la veneración que los

campesinos profesaban hacia su pasado. Para Miller, en muchos pueblos, todavía se llevaba luto por los incas. La versión sería después recogida por otros viajeros. En el periódico de campaña *Los Andes Libres* se plantea la guerra como una lucha para terminar con las desgracias comunes que afligen a criollos e indios. Prolongando la retórica del siglo anterior, el redactor argumenta que los males del Perú se pueden remontar a la decapitación en la Plaza de Armas del Cusco del "inocente príncipe Túpac Amaru, heredero legítimo del imperio" (7). Este príncipe fue el último inca de Vilcabamba, condenado a muerte por Toledo. En la imaginación colectiva su biografía terminó confundida con la de Atahualpa, simbolizando tanto el fin del imperio, como la promesa de su restauración, cuando "llegase el tiempo", es decir, se uniesen nuevamente cuerpo y cabeza. Pero esta utopía andina, durante los años de la independencia, no tendrá una dimensión masiva y quedará subordinada a esa promesa naciente que es la república de los criollos. Aunque los montoneros aportaron con un estilo popu-

lar, se parecieron más al bandolerismo social (con sus rasgos individualistas) que a la intervención colectiva y espontánea de una sublevación campesina.

(1) Arguedas, José María. *Estudio etnográfico de la Feria de Huancayo*, Cuadernos de Investigación, Universidad Nacional del Centro del Perú, 1977.
 Manrique, Nelson, *El desarrollo del mercado interior en la sierra central*, Lima, Taller de Estudios Andinos, 1978.
 (2) Beltrán, Ezequiel. *Las guerrillas de Yauyos en la emancipación del Perú*, Lima, 1977, p. 39.
 (3) Vargas Ugarte, Rubén. *Historia General del Perú*, T. VI, Lima, Milla Batres, 1971, p. 121.
 (4) Proctor, *Relaciones de viajeros*, T. XXVIII, Lima, Colección Documental de la Independencia del Perú, 1971, p. 303.
 (5) Miller, Guillermo. *Memorias*, T. II, Lima, Ed. Arica, 1975, pp. 96-97.
 (6) Bernal, Dionisio. *La muliza*, Lima, Herrera Editores, 1978, p. 93. Para estos y otros temas en la historia de la sierra central es imprescindible consultar a Espinoza, Waldemar. *Enciclopedia departamental de Junín*, Huancayo, Chipoco Editor, 1973.
 (7) *Los Andes Libres*, 31 de julio de 1821, Imp. Del Río, No. 2.



POESIA / PABLO NERUDA

GUAYAQUIL (1822)

Cuando entró San Martín, algo nocturno de camino impalpable, sombra, cuero, entró en la sala.

*Bolívar esperaba.
 Bolívar olfateó lo que llegaba.
 El era aéreo, rápido, metálico,
 todo anticipación, ciencia de vuelo,
 su contenido ser temblaba
 allí, en el cuarto detenido
 en la oscuridad de la historia.*

*Venía de la altura indecible,
 de la atmósfera constelada,
 iba su ejército adelante
 quebrantando noche y distancia,
 capitán de un cuerpo invisible,
 de la nieve que lo seguía.
 La lámpara tembló, la puerta
 detrás de San Martín mantuvo
 la noche, sus ladridos, un rumor
 tibio de desembocadura.
 Las palabras abrieron un sendero
 que iba y volvía en ellos mismos.
 Aquellos dos cuerpos se hablaban,
 se rechazaban, se escondían,
 se incomunicaban, se huían.
 San Martín traía del Sur
 un saco de números grises,
 la soledad de las monturas
 infatigables, los caballos
 batiendo tierras, agregándose
 a su fortaleza arenaria.
 Entraron con él los ásperos
 arrieros de Chile, un lento
 ejército ferruginoso,
 el espacio preparatorio,
 las banderas con apellidos
 envejecidos en la pampa.*

*Cuanto hablaron cayó de cuerpo a cuerpo en el silencio, en el hondo intersticio.
 No eran palabras, era la profunda emanación de las tierras adversas,
 de la piedra humana que toca otro metal inaccesible.
 Las palabras volvieron a su sitio.*

*Cada uno, delante de sus ojos veía sus banderas.
 Uno, el tiempo con flores deslumbrantes,
 otro, el roído pasado,
 los desgarrones de la tropa.*

*Junto a Bolívar una mano blanca lo esperaba, lo despedía,
 acumulaba su acicate ardiente,
 extendía el lino en el tálamo.
 San Martín era fiel a su pradera.
 Su sueño era un galope,
 una red de correas y peligros.
 Su libertad era una pampa unánime.
 Un orden cereal fue su victoria.*

*Bolívar construía un sueño,
 una ignorada dimensión, un fuego de velocidad duradera,
 tan incomunicable, que lo hacía prisionero, entregado a su substancia.*

Cayeron las palabras y el silencio.

Se abrió otra vez la puerta, otra vez toda la noche americana, el ancho río de muenos labios palpó un segundo.

*San Martín regresó de aquella noche hacia las soledades, hacia el trigo.
 Bolívar siguió solo.*

Reverendísimo don Juan José de los Ríos, obispo de Lima, en un momento de su vida, se encontró con el general Bolívar en Guayaquil, Ecuador, el 26 de julio de 1822. Este encuentro fue uno de los más importantes de la historia del Perú independiente.